

Prólogo

La técnica moderna y las «superaciones del hombre». Mutaciones de la experiencia

LORENA ACOSTA IGLESIAS - PABLO LÓPEZ ÁLVAREZ

Universidad Complutense de Madrid

Una miseria completamente nueva cayó sobre los hombres con el despliegue formidable de la técnica [...] Nos hemos vuelto pobres. Hemos ido perdiendo, uno tras otro, pedazos de la herencia de la humanidad, a menudo hemos tenido que empeñarlos en la casa de préstamos por la centésima parte de su valor, a cambio de la calderilla de lo «actual».

Walter Benjamin¹

Es imposible entender el pensamiento del último siglo sin la constancia de una crisis. La concepción de Benjamin de la *pobreza de la experiencia* es solo una manera de referirse a ella. En todo caso, la expresión define bien su objetivo. Pues, en aquel umbral decisivo, no se trata únicamente de hacerse cargo de una serie de transformaciones históricas tan amplias como imprevisibles: la guerra total, el Estado burocrático, la técnica industrial, la irrupción política y cultural de las masas. Hay que pensar de manera específica otra dimensión del cambio, la que afecta a la experiencia que los seres humanos hacen de sí mismos y de su mundo. Y en este punto es insuficiente decir que las nuevas condiciones de existencia han ampliado el campo de las experiencias del hombre, la serie de cosas que pueden ocurrirle. Más bien, lo que está en juego es una mutación de tal carácter que envuelve a su sujeto, como si los acontecimientos hubieran dejado de pertenecer al ser humano, de tenerlo como protagonista, y estuviesen en condiciones de darle una nueva figura o de destruirlo.

¹ Benjamin, W., «Experiencia y pobreza», *Obras*, II/1, Madrid, Abada, 2007, p. 217, 221 y 222.

Toda crisis, ayer como hoy, supone una discontinuidad, una cierta imposibilidad de seguir pensando como se pensaba. La generación de pensadores que vive la barbarie de dos guerras mundiales, la crisis, la revolución y el totalitarismo, tiene que medirse con el desmoronamiento de un mundo y con la pérdida de valor de las categorías y las experiencias pasadas. El proceso es también interesante por su ambivalencia: el mismo Benjamin, que subraya la devaluación contemporánea de la experiencia en vivencia, asume el cansancio ante la hipertrofia burguesa de la memoria y apunta a un sentido positivo de la nueva barbarie.

La filosofía encuentra aquí un desafío singular, al que responden las más importantes corrientes del siglo xx. Un aspecto central en este escenario es la profunda reconsideración y evaluación de la *razón moderna*, desarrollada desde presupuestos muy diversos. La desembocadura final de los procesos de racionalización obliga a tratarse con el sentido y la disposición de la razón, el vínculo que el sujeto y la certeza mantienen con la objetivación del mundo y su dominio ilimitado. Pero es igualmente nuclear el problema de *lo humano* y del *humanismo*. Era preciso enfrentarse a la paradójica constancia de que la época de la centralidad del «hombre» y de los diversos humanismos filosóficos era también la época en la que se desplegaban las mayores amenazas para la humanidad, en el doble sentido de riesgo para su supervivencia y de transformación de aquello en lo que consiste ser humano. Las posiciones que en aquella larga discusión mantienen Heidegger y Sartre, Hyppolite y Levi-Strauss, Althusser y Foucault, entre tantos otros, guarda relación con el modo más adecuado de pensar esta condición y el lugar que en ella ocupa el hombre. ¿Era posible mantenerse en el punto de vista sobre el que la modernidad había construido su programa? ¿En qué términos podría concebirse su superación? Adorno ya consideró que el valor de Benjamin había sido dirigir una filosofía inhumana contra la mentira de lo humano universal, y el incalculable impacto de *Las palabras y las cosas* (1966) de Foucault, con su anuncio final de la «muerte del hombre»², dio

² «El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin. Si esas disposiciones desaparecieran tal como aparecieron, si, por cualquier acontecimiento cuya posibilidad podemos cuando mucho presentir, pero cuya forma y promesa no conocemos por ahora, oscilaran, como lo hizo, a fines del siglo xviii el suelo del pensamiento clásico, entonces podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena». Foucault, M., *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos aires, Siglo XXI, 1968, p. 375.

testimonio del alcance crítico del debate y de la serie de consecuencias que estaban en juego.

De esta red de problemas se ocupa el primer libro de esta serie, *La querrela del humanismo en el siglo xx. Elementos para tónica*³. Las contribuciones de este segundo volumen abordan una cuestión diferente, aunque relacionada de manera natural con aquella: el vínculo entre el desarrollo moderno de la técnica y el destino de lo humano. ¿De qué forma la expansión de la técnica, que sobrepasa las facultades humanas y amplía insólitamente la escala del poder, interfiere en el cumplimiento de la emancipación perseguida por la Ilustración? ¿Cómo puede entenderse que la técnica haya supuesto, al mismo tiempo, el progreso fehaciente de la humanidad y la desfiguración de los límites de lo humano hasta el punto de amenazar el último reducto de la consistencia antropológica? Aquel conjunto de disposiciones que protegían al hombre del miedo a la naturaleza y le permitían erigir un mundo, ¿han llegado a convertirse en una potencia natural más, con fuerza para allanar las distancias y reducir al hombre al plano de la animalidad o de la mera vida?

El replanteamiento del humanismo aparece en realidad como inseparable de una nueva consideración de la técnica, que pueda aprehender su significado en el contexto de la crisis sistemática de lo humano. ¿Fue la muerte del hombre una muerte por causa natural? ¿Tiene acaso la técnica –o en su versión evolucionada, la tecnología– la función de verdugo en esta trama? Si así fuera, ¿en qué medida podría imputársele a la modernidad, al proyecto ilustrado de hacer que el hombre –su razón– sea *dueño* de sí mismo⁴, el asesinato de sus propios hijos? ¿O quizá todo esto ha de leerse

³ Los tres libros colectivos que componen esta trilogía son resultado de las investigaciones del proyecto del Ministerio de Economía y Competitividad FFI2013-46815-P «Naturaleza humana y comunidad III: ¿Inactualidad del hombre y actualidad del humanismo?», del grupo de investigación *Metafísica, crítica y política* (nº 930566). El primer libro, al que hemos hecho referencia, es *La querrela del humanismo en el siglo xx. Elementos para tónica*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2018, editado por Carlos Fernández Liria e Ignacio Planes. El presente volumen es el segundo de la serie, que concluye con un tercer libro: *La determinación de la humanitas del hombre en la Crítica del Juicio y el humanismo clásico. Elementos para la reconstrucción de una tradición desplazada*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2018, editado por Sara Barquintero y Guillermo Villaverde.

⁴ Kant, I., «Contestación a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?», en *¿Qué es la Ilustración? Y otros textos sobre ética, política y filosofía de la historia*, Madrid, Alianza, 2013, pp. 87-88.

como una nueva promesa? Al margen de cualquier concepción ingenua, debe pensarse la técnica en su sentido epocal, rastreando su figura concreta, su anclaje en el pensamiento moderno y su particular declinación en fenómenos que no se reducen a ella pero la especifican: capitalismo, totalitarismo, biopolítica.

Un primer propósito de este volumen es recoger y cartografiar los debates que tienen lugar en torno a esta cuestión. En ellos comparecen problemas cruciales de la filosofía contemporánea y participan autores cuya significación no es necesario enfatizar: Heidegger, Jünger, Ortega, Arendt, Benjamin, Adorno, Anders y Polanyi, entre otros. Pero se pretende también ofrecer elementos para pensar la realidad presente: la forma en la que se modula actualmente el vínculo entre técnica y humanidad, así como las rupturas y continuidades que ello implica con respecto a las figuras anteriores. Ocurre que también nuestro presente está atravesado por la crisis, convertida hoy casi en una nueva forma de vida, y los aspectos que permiten comprenderla siguen siendo interpelados por categorías como la técnica, la aceleración del tiempo, la fragmentación de la experiencia, la superfluidad del ser humano y el horizonte de la posthumanidad. El sentido concreto que estas dimensiones adquieren en las sociedades contemporáneas y su vínculo con los vigentes patrones filosóficos e ideológicos ha de poder juzgarse críticamente en este contexto⁵.

A ello se vincula un último aspecto de nuestra investigación, de carácter normativo. Quizá debamos admitir que las mutaciones que han afectado a la existencia humana en las últimas décadas no pueden simplemente ser revertidas, sino que implican una reorganización duradera de las relaciones sociales de la que será necesario partir. Es posible imaginar, de hecho, en línea con algunas corrientes actuales del pensamiento, que la emancipación solo podrá derivarse de un aprovechamiento o una aceleración de las nuevas condiciones. Sea como fuere, este escenario transformado parece obligar a repensar aquellos principios políticos y jurídicos que operaban como marco de habilitación de la vida humana, así como sus fundamentos filosóficos. ¿Cabe aquí restituir o fundar una concepción de lo humano y sus derechos que sirva para fijar las normas de una existencia vivible? Los

⁵ El artículo de Clara Ramas «Técnica, modernidad y metafísica. Heidegger sobre Jünger», que pertenece a la investigación que aquí se presenta, no ha podido publicarse en este volumen por razones enteramente ajenas a los coordinadores del libro. El texto puede leerse en su publicación original en la revista *Anuario Filosófico*, vol. 47, nº 3, 2014

efectos del desarrollo de las sociedades capitalistas avanzadas han concedido un lugar central en la reflexión normativa a categorías como vulnerabilidad, vida, precariedad o inseguridad. Si las antiguas versiones del humanismo y la naturaleza humana no pueden ser rehabilitadas aquí, ¿es cuando menos posible determinar negativamente el daño, nombrar *lo inhumano* y establecer formas institucionales capaces de contenerlo?

Este es el marco en que se ubican, con perspectivas diversas, las contribuciones de este volumen. El libro se abre con un artículo de Felipe Ledesma que reconstruye una de las grandes preguntas de la modernidad: la pregunta por la naturaleza específica del ser humano –y el problema de si realmente se trata de una naturaleza u otro tipo de *condición*, es decir, más bien algo que *va siendo* y no *es* en un sentido pleno y acabado–. Lo hace desde los planteamientos kantianos heredados por Ortega y Gasset al comienzo del siglo pasado. Ledesma desgrana las implicaciones que, en la confluencia entre Ortega y Kant, arrastra la comprensión de la condición humana como condición *técnica*: la dependencia de la técnica con respecto a algo externo a ella, no natural sino más bien inventado, como proposición de reglas y fines de una racionalidad finita; el vínculo con la incesante producción de sí mismo; y la consiguiente ausencia de límites de estos procesos de construcción. Haciendo uso de la noción de personaje, el artículo pone en juego uno de los presupuestos que comparten los textos de este libro: lejos de poseer un carácter puramente instrumental para lo humano, la técnica envuelve un acercamiento del ser humano hacia sí mismo y el mundo que, a su vez, se mimetiza con la propia constitución inacabada del *ir siendo* humano.

El artículo de Marco Díaz Marsá ofrece una detenida consideración, a partir de la obra de Hannah Arendt, del nexo entre el mundo moderno y la interpretación metafísica de la realidad. Si el curso de la modernidad ha llegado a poner en riesgo a la condición humana de una forma tan radical, degradándola a animalidad y decretando la superfluidad de lo humano mismo, es preciso estudiar la relación que mantiene con este proceso el pensamiento filosófico occidental, y en particular la ilusión de omnipotencia del hombre, inseparable del dominio técnico del mundo y del fenómeno político del totalitarismo. La pregunta por el sentido del hacer, de raigambre kantiana, articula la exposición de este vínculo, en el que categorías como pluralidad, imprevisibilidad, soberanía o libertad tienen una función central. A partir de ellas, Marco Díaz Marsá despliega una línea de interpretación que está en condición de exponer los rasgos de la experiencia moderna, pensar su conexión con el deseo de lo incondicionado que rige la metafísica –en diálogo con Heidegger– y las modificaciones en la comprensión de la verdad, así

como apreciar las raíces del triunfo del trabajo y el consumo y la destrucción del mundo de las cosas. Las consecuencias de la realización del dominio total no solo en el plano científico, sino igualmente en el político, y la persistencia de esta voluntad en las contemporáneas sociedades de consumo dan a esta reflexión un sentido de actualidad.

Algunos de estos motivos del pensamiento de Arendt, en particular el problema de la homogeneización y la superfluidad de lo humano, se despliegan en la contribución de Nuria Sánchez Madrid, que gira en torno a la lectura arendtiana de Kafka⁶. A ojos de Arendt, la obra de Kafka ilumina de manera singular las condiciones que albergan una existencia humana merecedora de ser vivida, pero también los terribles obstáculos que la evolución de las sociedades europeas –su arbitrariedad, su burocratización, su ciego sometimiento a las fuerzas de la naturaleza– impone a la vida humana digna. Ello da pie a una matizada reflexión en torno a la condición de los refugiados, el nexo entre nacionalismo y Estado, los límites de las declaraciones de derechos humanos, el destino político del pueblo judío y los dilemas de la emancipación, cuya exposición permite finalmente a Sánchez Madrid conectar a Arendt con los planteamientos de Judith Butler sobre la performatividad política y hacer ver alguna de sus ambivalencias. El artículo de Emma Ingala explora, en un sentido al que ya hemos apuntado, el retorno en la obra de Butler de un humanismo particular, un *humanismo de mínimos*, que involucra y modifica las nociones de cuerpo y de vida. La reflexión de Emma Ingala incide en otro de los núcleos de nuestra investigación, al plantear el problema de la reaparición normativa de lo humano en una filosofía política de raíz foucaultiana y posthumanista, como la de Butler, y mostrar el especial sentido ético que en esta relectura de lo humano y lo inhumano adquiere la referencia a los cuerpos vulnerables y las vidas precarias.

Las modificaciones contemporáneas en la organización del trabajo y el tiempo, que Sennett estudia en *La corrosión del carácter*, conducen a una reflexión en torno a la precariedad y la incertidumbre que definen la actual condición vital del individuo. La necesidad de superar las restricciones del capitalismo de postguerra, sus elementos de estabilidad económica, laboral y social, se traduce para los sujetos en la obligación de asumir el riesgo

⁶ Un hilo conductor que sale de este volumen colectivo y lo conecta con el tercer libro de esta trilogía, ya mencionado (véase nota 3), es precisamente la exploración arendtiana en la *Crítica del Juicio* de Kant, en busca de una posible filosofía política que emerja del particular y no aniquile la pluralidad necesaria para el ejercicio de la democracia.

vital y la flexibilidad, de comenzar siempre de nuevo a cada momento⁷, que hace imposible la narración coherente de la propia vida y la construcción del carácter⁸. Tal es el punto de partida del artículo de Clara Serrano, en el que se exponen las implicaciones que se siguen para el ser humano de la generalización del modelo neoliberal de libertad como emancipación de las dependencias y los vínculos. La atención a la obra de Walter Lippmann es fundamental para la comprensión de las posiciones del neoliberalismo forjado en los años 30, y del valor que en ellas se concede a una permanente intervención en el cuerpo social orientada a la extensión de las relaciones mercantiles y, a través de ello, a la redefinición de lo humano: es necesario producir un hombre nuevo, un género de vida más adaptado y elevado. De la mano de Karl Polanyi, pero también de E. P. Thompson o Silvia Federici, Clara Serrano señala la inscripción del neoliberalismo en el largo proceso de destrucción de la consistencia antropológica que se deriva de la expansión de las relaciones sociales capitalistas –la producción de una sociedad de mercado– y plantea una lectura republicana de Polanyi que gravita en torno a la garantía de subsistencia, la recomposición del vínculo social y el sometimiento de las relaciones económicas a principios jurídicos democráticos.

El artículo de Santiago Alba Rico, que comparte elementos de esta aproximación, hace uso de dos conceptos clave para esclarecer el diagnóstico sobre la evolución de las sociedades modernas. Por un lado, el *desnivel prometeico* de Günther Anders, que indica la desproporción entre nuestras acciones y nuestras representaciones en el marco del desarrollo tecnológico; por otro lado, la *miseria simbólica* de Bernard Stiegler, que subraya el colapso del principio de individuación que conlleva la sincronización entre los flujos de conciencia y los flujos de imágenes: ¿qué mundo resta allí donde las cosas son reducidas a imágenes prestas para su consumo acelerado, en las que todo lo que se contempla es su propia desaparición? La destrucción de la consistencia de las cosas es inseparable del daño a los sujetos –incapaces de experiencia– y a las poblaciones, como atestiguan la irrepresentable violencia de la guerra contemporánea, y se articulan bien con la emergencia de una nueva condición humana posibilitada por las nuevas tecnologías de la comunicación: la condición post-letrada o *pan-*

⁷ «¿Adónde lleva el bárbaro su pobreza de experiencia? A comenzar de nuevo y desde el principio, a tener que arreglárselas con poco, a construir con poco y mirando siempre hacia delante». Benjamin, W., «Experiencia y pobreza», *op. cit.*, p. 218.

⁸ Benjamin, W., «Destino y carácter», *Obras II/1*, Madrid, Abada, 2007, pp. 175-182.

tállica, modelo de percepción y atención particularmente afín al perpetuo proceso de destitución del mundo y a la obsolescencia de los cuerpos. Pero superar toda ingenuidad sobre la neutralidad de los procesos tecnológicos nos coloca al mismo tiempo ante una insalvable dificultad: su mismo poder de configuración de la realidad impide aspirar a una simple reversión de este marco, dentro del cual estamos obligados a pensar cualquier alternativa. Por su parte, la aportación de César Rendueles se centra en las lecturas posthumanistas de este diagnóstico, que conceden un enorme valor a la potencia de transformación política y subjetiva de las tecnologías de la comunicación. Las posiciones *aceleracionistas* se apoyan en presupuestos que han de ser discutidos –en especial, la idea de que las tecnologías digitales introducen una ruptura histórica en el modo de ordenar las relaciones sociales y la misma percepción del yo– y pueden entenderse como una vía de normalización de nuestro presente ideológico, que da cobertura a formas de vida dañada y al debilitamiento de los compromisos sociales y la dimensión institucional.

Continuando en el ámbito de influencia de internet en la nueva conformación de lo social, Lorena Acosta explora en su artículo el impacto de las nuevas tecnologías en el concepto de industria cultural de Adorno y Horkheimer y, por ende, hasta qué punto las formas de dominación social abstractas y los procesos de subjetivación siguen comprendiéndose bajo la empatización con la mercancía aun cuando el neoliberalismo ha trasladado el trabajo humano a la esfera de la subjetividad a través del concepto de capital humano. Esta senda es analizada también por Pablo López Álvarez, a partir de una aproximación al problema del ocaso del individuo en la filosofía de Adorno. Vinculado a transformaciones específicas de las sociedades capitalistas avanzadas, que generan un cambio de escala en las relaciones de dominación, el proceso de aniquilación del sujeto se deja interpretar como una generalizada mimesis con lo muerto, en la que se hace patente el vínculo entre la aceleración de la actividad y la desaparición de la vida. La consolidación del imperativo técnico no deja atrás a la naturaleza, de la que quería emanciparse, sino que produce una versión amplificada y particularmente cruda del ciclo natural de la destrucción. La lectura materialista de la fisionomía social adorniana permite vincular su diagnóstico con las condiciones de existencia y trabajo contemporáneas, aparentemente tan distantes de las pensadas por Adorno, y con las formas de violencia y sufrimiento que producen.

El volumen incluye, para terminar, dos artículos dedicados temáticamente a Walter Benjamin, escritos por Eduardo Maura y José Luis Pardo.

Entre ellos pueden trazarse interesantes líneas de diálogo. El artículo de Maura analiza el vínculo entre Benjamin y Freud tomando pie en la dialéctica entre el sueño y el despertar que orienta la tarea crítica de Benjamin. El trabajo sobre lo onírico como una vía de salida del sueño del siglo XIX se relaciona de manera compleja con el modelo de interpretación de los sueños de Freud, y el nexo se mantiene en el tránsito que opera Benjamin entre la ideología como sueño a la ideología como fantasmagoría. El uso de la imagen, el sentido y la memoria funciona en todo caso de manera diferente a las clásicas formas de desvelamiento de la realidad y modifica la comprensión tradicional de la relación entre base y superestructura. Si bien ese patrón crítico no encuentra en Benjamin una traducción política definida, puede ser enormemente productivo, subraya Maura, para una concepción de la política entendida como hegemonía, en conexión con los planteamientos de Gramsci, que se mueva más allá de las alianzas de clase y permanezca sensible al sentido político de la cultura, el discurso y los procesos de construcción simbólica de lo social. Si de este modo se avanza una lectura de Benjamin que va más allá de la alternativa entre *politización del arte y estetización de la política* planteada en el ensayo sobre la obra de arte⁹, es precisamente esta disyuntiva la que toma como objeto el artículo de José Luis Pardo.

A partir del análisis de *La fuente* (1917) de Marcel Duchamp, y contestando algunas de sus interpretaciones más extendidas, Pardo aborda el proyecto de las vanguardias estéticas de comienzos del siglo XX de terminar con la diferencia entre el arte y la vida y de suprimir, por tanto, la particular distancia en la que el arte se había constituido como tal a lo largo de los dos siglos anteriores. Se trata de un programa inseparable de la técnica como tal –del nuevo modo de experiencia de las cosas– y también de los diferentes proyectos de superación revolucionaria de los principios políticos modernos, cuyos presupuestos y cuyos resultados es necesario pensar.

⁹ «*Fiat ars, pereat mundus*», dice el fascismo, y espera, como la fe de Marinetti, que la guerra sea capaz de ofrecerle una satisfacción artística a la percepción sensorial transformada por la técnica. Este es, al parecer, el momento culminante del *“l'art pour l'art”*. La humanidad, que fue una vez, en Homero, un objeto de contemplación para los dioses olímpicos, se ha vuelto ahora objeto de contemplación para sí misma. Su autoenajenación ha alcanzado un grado tal, que le permite vivir su propia aniquilación como goce estético de primer orden. De esto se trata en la estetización de la política puesta en práctica por el fascismo. El comunismo le responde con la politización del arte». Benjamin, W., *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, México, Ítaca, 2003, pp. 98-99.

El fracaso de la pretensión vanguardista de liquidar el arte no significa, de hecho, que carezca de efectos: entre ellos pueden contarse una profunda reorganización de las prácticas estéticas y una particular politización del arte que tiende constantemente a desplazar la legitimación de la obra –o más bien de la «intervención» o la «acción»– fuera de los criterios autónomos de lo estético. Las implicaciones de este proceso se extienden tanto a la política como al arte, según expone Pardo en el epílogo de su texto: la superación de los principios jurídicos que compendiaban el progreso moral moderno –en beneficio de políticas identitarias y enfrentamientos amigo/enemigo– se corresponde con la extensión de formas de apreciar la corrección o el valor del arte en virtud de parámetros políticos o morales. Por retomar el hilo conductor de nuestra investigación, la cuestión que se decide aquí es de qué manera las transformaciones del campo político y del campo estético se relacionan con el legado moderno y permiten aún albergar su singular construcción de la experiencia humana y los modos de relación política.

La más sencilla presentación de los artículos incluidos en el presente volumen sirve para dar cuenta de la amplitud y coherencia de los problemas tratados. En cada caso, los análisis parten de presupuestos e intenciones diversas: sería inútil fingir lo contrario. Ello no hace más que subrayar la intrínseca pluralidad del tema de esta investigación colectiva, al que la filosofía contemporánea no deja de retornar. En algún sentido, el ambiguo curso de la emancipación, el progreso y la diferencia recorre como un hilo rojo los debates que este libro acoge, y también los que quiere suscitar.